



Costa Brava

Alt Empordà · Baix Empordà · La Selva · Girona
+ El “Triángulo Daliniano”

8 Introducción

16 **Alt Empordà**

- 18 Portbou · Colera
- 23 Llançà
- 26 El Port de la Selva
- 31 Sant Pere de Rodes
- 32 El Cap de Creus
- 39 Cadaqués
- 49 Roses
- 54 Empuriabrava
- 57 Aiguamolls de l'Empordà
- 60 Sant Pere Pescador
- 63 Empúries
- 66 L'Escala
- 72 Peralada
 - Vilabertran
 - Sant Llorenç de la Muga
 - Castelló d'Empúries

74 **Baix Empordà**

- 77 L'Estartit
- 82 Pals
- 86 Begur
- 90 Sa Riera
- 93 Sa Tuna
- 94 Aiguablava
- 99 Tamariu
- 100 Llafranc
- 103 Calella de Palafrugell
- 110 Palamós
- 116 Sant Antoni de Calonge
- 120 Platja d'Aro
- 124 S'Agaró
- 126 Sant Feliu de Guíxols
- 134 Peratallada
 - Ullastret
 - La Bisbal d'Empordà
 - Verges

136 **La Selva**

- 139 Tossa de Mar
- 149 Lloret de Mar
- 158 Blanes

164 **Girona**

- 166 Girona
- 176 Banyoles
 - Besalú
 - Olot
 - Santa Pau

178 El “Triángulo Daliniano”

- 181 Figueres
- 186 Portlligat
- 191 Púbol

Costa Brava

La Costa Brava se define fácilmente como un litoral de rocas labradas por el viento y el mar, cubiertas por una alfombra de matorrales y pinos que se retuercen hasta sentir la caricia de las olas. Gris, azul, verde y blanco: estos son los colores de una Costa Brava que cuenta también con kilométricas playas de arenas suaves, pero cuya personalidad viene determinada por una inacabable sucesión de calas y recovecos insospechados.

El rostro de la Costa Brava muda con las distintas estaciones del año, conservando su belleza en todas ellas. Una tarde invernal y lluviosa en Cadaqués; un temporal de tramontana encrespando el Mediterráneo frente al Cap de Creus o una mañana de sol restallante sobre las islas Medes, al sur del Cap de Begur o en cualquier rincón de esta costa agreste que desciende hacia Blanes, constituyen espectáculos inolvidables; espectáculos con un único actor —la naturaleza—, sin entreactos —en sesión continua— y abiertos a todos aquellos que deseen contemplarlos. Las imágenes recogidas en esta guía constituyen un anticipo del tesoro que integra el litoral de la costa de Girona, en buena medida todavía por descubrir.

Costa Brava es el nombre que recibe la región turística dispuesta sobre el litoral de Girona, en el extremo nororiental de Catalunya. Sus límites geográficos vienen marcados, al norte, por la frontera con Francia y, al sur, por la localidad de Blanes (a unos 60 km de Barcelona); enlaza, pues, las fachadas

marítimas de las comarcas del Alt Empordà, Baix Empordà y La Selva.

La Costa Brava fue bautizada como tal a principios del siglo xx por Ferran Agulló, en atención a su escarpada orografía, articulada alrededor de macizos pétreos que alcanzan la misma orilla mediterránea, y en la que se alternan suaves calas y playas de muy diversas dimensiones.

La belleza natural y el suave clima mediterráneo —las medias térmicas veraniegas se sitúan alrededor de los 23°; la humedad es escasa, gracias al viento de Tramuntana— convirtieron la zona en un foco turístico ya en las primeras décadas del siglo pasado. Primero fueron reducidos grupos de ocasionales veraneantes, nacionales o extranjeros; luego empezaron a construirse residencias particulares y, con ellas, a establecerse una colonia de usuarios habituales; y, a partir de los años 60, la Costa Brava vivió un importante proceso de transformación, para atender a la creciente demanda y asumir su papel como uno de los más populares enclaves vacacionales de Europa.

A resultas de aquella masificación, la Costa Brava es hoy un destino clásico en el mundo turístico. Lloret o Platja d'Aro son localidades que suman cientos de miles de visitantes anuales. Cadaqués está reconocido como uno de los pueblos marineros con más encanto del litoral mediterráneo. La Reserva Marina de les Illes Medes, frente a L'Estartit, es apreciado por aficionados de todo el continente como un paraíso del



submarinismo. Tossa de Mar ha sido frecuentada por grandes artistas desde hace ya un siglo... El Port de la Selva, el Parc Natural del Cap de Creus, Roses, Empuriabrava, L'Escala, Begur, Tamariu, Llafranc, Calella, Palamós, S'Agaró o Sant Feliu son también, entre otros, lugares de la Costa Brava bien conocidos, que forman parte de la educación sentimental de varias generaciones de europeos.

Pero, pese a su tradición y a su larga historia, la Costa Brava es todavía una zona que reserva sorpresas al visitante que llega dispuesto a descubrirla en su conjunto; a aquel que no se contenta con limitar su estancia a la localidad en la que se aloja. Porque más allá de los mencionados nombres míticos, la Costa Brava tiene atractivo en su conjunto y merece un

recorrido, lo más amplio posible, de su territorio. Sólo este recorrido —que normalmente se realizará por tierra, pero que genera satisfacciones exquisitas si se efectúa por mar— permite calibrar adecuadamente la riqueza y diversidad de la zona.

Esta guía parte de esa idea y subraya la diversidad de la Costa Brava. La colección de imágenes que recoge es más que elocuente, al exponer una sucesión de parajes encantadores; también es limitada y testimonial, debido tanto a las amplias dimensiones de la zona como a las, más reducidas, de esta obra. Su información visual se complementa con textos que tienen por objeto familiarizar al lector con la zona y apuntarle también atractivos no naturales, forjados por los habitantes de la Costa Brava.



Sant Pere de Rodes

Conjunto monumental, cuyas primeras construcciones datan del siglo X, Sant Pere de Rodes es una de las joyas románicas de Catalunya. Alzado sobre las montañas, frente al mar, constituye una prueba irrefutable de la habilidad monacal —en este caso, benedictina— para edificar sus retiros en parajes sobrecogedores. Los visitantes deberán aparcar sus vehículos a cierta distancia y andar hacia el monasterio por un camino que es, a la vez, un mirador majestuoso sobre el Mediterráneo.

En el recinto, cuya restauración incluye elementos modernos, destaca la iglesia —su nave reúne hermosos arcos, capiteles y restos de pinturas murales—, el campanario lombardo y el claustro del palacio abacial. Las vistas desde los restos del castillo situado sobre el monasterio son impresionantes.

Los amantes de la arquitectura pueden acercarse, tras dejar Sant Pere, al monasterio de Sant Quirze de Colera.



Cadaqués



Cadaqués es, probablemente, el pueblo de la Costa Brava que ha logrado preservar con mayor fortuna su fisonomía tradicional. Dispuesto frente a una amplia bahía, al sur de Cap de Creus, pero separado del resto de la civilización por la sierra que remata el Pení (605 metros de altura), Cadaqués vivió hasta la primera mitad del siglo xx con notable autonomía, entregado al cuidado de sus olivares, a la pesca y al comercio marítimo. Por tierra, Roses o el vecino El Port de la Selva quedaban lejos, más allá de un disuasorio sendero en el que se encadenaban curvas y desniveles; se suele hablar de marineros cadaquesenses que conocieron antes la isla de Cuba que la villa de Figueres.

Aquel aislamiento, en un marco de matorrales y pizarras, de verdes y grises bruñidos por una luz particularmente cegadora, se ha revelado como una bendición para Cadaqués. Su silueta blanca, nutrida por construcciones de discreta altura y coronada por la iglesia de Santa Maria —con su campanario, su humilde rosetón y los cipreses plantados junto al portal— ha sobrevivido al paso del tiempo hasta casi convertirse en una imagen de marca. Detrás de la fachada, respuntheado por diversas playas y calas, se esconde un Cadaqués de calles angostas y empinadas, rústicamente pavimentadas, jalonadas de bancos y macetas, rico en sombras, rumores y burbujas de tiempo detenido. Sin duda fue esta doble condición de villa pintoresca, recoleta y, a la vez, marinera y abierta, la que hizo de Cadaqués un punto de reunión para artistas e intelectuales de todo el planeta. A la cabeza de todos ellos, Salvador Dalí, cuyo padre era originario del lugar. Dalí invitó a disfrutar de sus



Iglesia de Santa Maria



Costa Brava Alt Empordà

Empúries

Las ruinas de Empúries, a escasos metros del mar, reúnen restos griegos, íberos y romanos, y son uno de los conjuntos de mayor riqueza arqueológica del país. Una colonia de griegos de Focea estableció en el siglo V a.C. el primer asentamiento en Empúries, conocido como *Palaiápolis*. El mismo grupo fundó después la *Neápolis*, hoy admirado enclave arqueológico. Más tarde, se asentaron grupos íberos y, a partir del año 218 a.C., tropas romanas levantaron un campamento que, con los años, se convertiría en base principal para la colonización de Hispania. El yacimiento, que se excava desde principios del siglo XX, ha desenterrado la retícula urbana de Empúries, así como murallas, edificios, esculturas, mosaicos, muelles y abundante utillaje, parte del cual se exhibe en el museo que complementa este conjunto arqueológico de primer orden.



Playa del Moll Grec

Ruinas de Empúries



Calella de Palafrugell

Los blancos y acogedores soportales del Port Bo son el enclave central de Calella de Palafrugell, frente a la playa, las barcas y el mar, y también uno de los elementos más característicos de la Costa Brava, en esta villa que ha sabido conservar, pese a su crecimiento, la identidad arquitectónica.

A diferencia de Tamariu o Llafranc, Calella no dispone de una sola playa, sino de varias, debido a la presencia de escollos en su litoral que dividen en varios segmentos las superficies arenosas. La playa de mayores dimensiones es la del Canadell, desde la que puede iniciarse un paseo hacia la torre de Calella (siglo XVI) y, siguiendo un hermoso camino costero, llegar hasta Llafranc. Alrededor de la playa del Port Bo —que pese a sus limitadas dimensiones atrae cada año, en julio, a decenas de millares de personas con motivo de la tradicional cantada de habaneras— se sitúan las de Port Pelegrí, Sota Can Calau, Port de Malaespina y Sota de Sant Genís.

Al sur de Calella —y hasta la Cala de la Fosca, ya en la zona de Palamós— se extiende una de las mayores porciones de la Costa Brava todavía a salvo de la ocupación urbanística. Una senda sin asfaltar, que discurre por la masa boscosa que cubre este pedazo de costa virginal, proporciona el único acceso a rincones de ensueño como el jardín botánico de Cap Roig o, ya en la orilla, el Golfet, Cala Massoni, Cala del Vedell, Cala El Crit, Cala Font Morisca, Cala Pomes... Se trata de un sector litoral idóneo para la navegación y la práctica del submarinismo.

Palamós

Palamós es una de las grandes villas portuarias de Catalunya, la tercera tras Barcelona y Tarragona, pese a que su censo de población es muy inferior al de las dos capitales mencionadas. Su casco antiguo está construido sobre un amplio saliente, rematado por la Punta del Moli, en la que se alza el faro de Palamós. Al sur y al norte de dicho saliente, la villa de Palamós ha ubicado sus dos puertos. En un lado, el comercial y pesquero (donde la muy animada lonja de pescado subasta de madrugada, a diario, las capturas efectuadas la noche anterior por la potente flota local); en el otro, amarran las embarcaciones de la marina deportiva. Palamós ha crecido ordenadamente en todas direcciones: hacia el sur, a lo largo de la Platja Gran, la de mayor extensión de la villa; también, en el frente interior, en dirección hacia La Bisbal y hacia el norte.

Dada su tradición histórica —fue una de las bases de la expansión medieval catalana por el Mediterráneo, hacia Italia y Grecia—, su posición central en la Costa Brava y sus diversas actividades, Palamós está dotada de antiguo de todo tipo de servicios. Cuenta entre sus atractivos con la iglesia gótica de Santa Maria del Mar; también con el Cau de la Costa Brava-Museu de la Pesca (con interesantes colecciones de pintura, numismática, cerámica, conchas, etc.); es asimismo remarcable su mercado dominical al aire libre, uno de los más animados y coloristas de la región.

Junto a este perfil urbano, Palamós ha sabido conservar —y sigue haciéndolo, ahora de la mano de grupos ecologistas— tramos costeros que mantienen la integridad, la pureza y el sabor de antaño. Esto empieza a resultar evidente a partir de La Fosca



Fiesta del Carmen, puerto de Palamós



Tossa de Mar

Tossa de Mar ofrece uno de los perfiles más característicos de la Costa Brava, gracias, básicamente, a su Vila Vella, que se yergue en lo alto del Cap de Tossa rodeada de murallas almenadas. Dichas murallas datan del siglo XII, y las viviendas que protegen fueron construídas en su mayoría a partir del XV. Pese a su edad venerable y a los embates del mar y del viento, los tres grandes torreones cilíndricos que dan identidad al conjunto —acompañados por otros de menor volumen— se mantienen en muy buen estado de conservación.

Nada más llegar a Tossa, el visitante se siente irremediabilmente cautivado por esta villa vieja, en constante y amoroso proceso de restauración. Las calles recoletas y empedradas que la recorren, a menudo refrescadas por la abundante jardinería que ocupa parterres y macetas o trepa por los añosos muros de piedra, junto a portales de maderas labradas, reservan un sinfín de goces visuales.

Asentado sobre una ladera que mira al norte, el conjunto urbano tiene un agradable sabor y es sin duda responsable del atractivo que Tossa ha ejercido históricamente —aún antes de la eclosión de la Costa Brava— sobre una legión de pintores y artistas que, como Marc Chagall o Yves Klein, la frecuentaron y abrieron en ella estudio. El Museu Municipal, situado en el palacio del Batlle, edificación gótica de la villa vieja, conserva el testimonio del paso por la localidad de buena parte de ellos.

Desde las murallas de la Vila Vella —que en su punto más alto conserva las ruinas de un templo gótico del XV— se obtiene una espléndida vista del



Vila Vella



Platja Gran



El “Triángulo Daliniano”

Figueres

Teatro-Museo Dalí

Figueres, capital del Alt Empordà, y también de la tramontana —el seco y tenaz viento norteño que episódicamente barre la zona—, es un destacado foco comercial, cultural y gastronómico —los comedores del Hotel Empordà son de visita recomendada—, que cuenta en su trama urbana con equipamientos singulares. Destacan entre éstos el Museu del Joguet, con su colección de juguetes históricos que atraen por igual a niños y mayores, el Museu de l’Empordà y, en especial, el Teatro-Museo Dalí, cabecera de la Ruta Dalí y auténtico fenómeno de masas en el mapa museístico español.

Salvador Dalí fue su hijo más célebre, pero es también la villa natal de Narcís Monturiol, precursor del submarino. La iglesia de Sant Pere y el castillo de Sant Ferran figuran entre sus principales monumentos. Aunque su espacio urbano más característico es la ancha Rambla, epicentro de la vida local.

El Teatro-Museo Dalí, con cerca de un millón de visitantes anuales, es uno de los museos más concurridos del Estado español. También es un equipamiento cultural único, que reúne una importante colección de piezas del pintor surrealista y resulta, en sí mismo, una rara obra de arte. A principios de los años 60, Dalí empezó a acariciar la idea de construir un museo en su ciudad y, a tal fin, eligió el edificio del teatro local, construido a mediados del siglo XIX y en ruinas desde 1939, año en que acabó la guerra civil española. La elección, según afirmó Dalí, se debió a tres hechos: “soy un pintor teatral, fui bautizado en la iglesia situada frente al teatro, y fue en el vestíbulo de ese teatro donde presenté mi primera exposición”.



Plaza Gala-Salvador Dalí

Figueres